

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Caminante

Cameron Dayton



Miedo

Su hermana muerta venía con la puesta del sol, siempre con la puesta del sol.

Mientras el cielo se abría y las sombras se extendían con la llegada de la noche, él se mantuvo en pie para observar la desaparición del sol detrás de las montañas. Era en ese instante cuando el susurro de la brisa vespertina se desmoronaría con el lento arrastre de sus pies. Sus pies... fríos y blancos, tendones deshilachados en torno a huesos resquebrajados; al descubierto a causa de incontables kilómetros de roca cubierta de hielo. No importaba la distancia que Kehr hubiera recorrido durante el día, los ríos que hubiese cruzado, ni la cantidad de riscos escalados. Ella venía con la puesta del sol.

El hombre robusto se puso a trabajar en la hoguera conforme se aproximaba el arrastre de pies. La yesca se volvió más abundante en la Selva de Sharval y Kehr intentó hallar consuelo en la idea de comida caliente, en especial después de vivir a base de carne de venado seca durante semanas. Fue algo inútil y lo sabía. El rengueo de los pasos siempre le provocaba un escalofrío penetrante, un sentir líquido de hielo y horror que chocaba contra su piel y la lamía. El sonido se detuvo en la oscuridad, justo fuera de la luz que proyectaban las llamas.

Kehr no quería levantar la vista, no deseaba dirigirse a ella, pero su hermana permanecería hasta que lo hiciera. Aguardó hasta que el fuego se tornó resplandeciente y se enderezó, suspirando en el aire frío del crepúsculo.

—Di tus palabras Faen, dilas y vete.

Ella se aproximó a la fogata, arrastrando un paso a la vez. Kehr clavó la mirada en las llamas y sintió su mano acariciar la cicatriz en su pecho; era reciente. Al cabo de otro paso, Faen se detuvo frente a él. Un tronco en el fuego cambió de lugar, crujió y proyectó brasas hacia arriba. Kehr se obligó a seguir las manchas brillantes, retirar su vista del fuego y mirar a esta cosa que había sido su hermana. Se lo debía.

El calor comenzó a descongelar su pálida piel y el enfermizo y dulce aroma de la descomposición cobró fuerza. Seguir a su hermano durante las últimas dos semanas había causado estragos en la desgarrada figura gris de Faen. Kehr apenas la reconocía.

Los ojos de Faen eran fosos negros, sombras hundidas en lugar del color azul aciano que recordaba Kehr. Todo lo que quedaba de la dorada cabellera de su hermana pendía de los costados de su cráneo en marañas apelmazadas y su peso le estaba arrancando la piel. El tejido amarillo se rasgó y un trozo de carne podrida —acompañado de un mechón de cabello— emitió un sonido húmedo al chocar contra el suelo. Sus delgados miembros vibraban con el viento, bultos esqueléticos que sobresalían de un pergamino mojado. Kehr se preguntó si Faen aún sentía algo. Ella se inclinó para señalar el pecho de su hermano con un dedo huesudo y tembloroso.

—Kehr, Kehr Odwyll.

¿Cómo podía hablar con esa boca arruinada? La mandíbula colapsada, la lengua negra tan abotagada y rígida que sobresalía por su mejilla perforada. ¿Cómo podía estar aquí, temblando con ira macabra, después de permanecer enterrada bajo la quebrada faz de granito de Arreat durante todos estos años? Kehr sabía que no debía haber regresado, que no existía expiación alguna en estas tierras fracturadas. No había hallado el camino hacia los cañones boscosos de su pueblo y pasó largos días vagando sin rumbo por colinas extrañas e irregulares. El valle de la tribu del Ciervo fue alguna vez un sitio verde, acogedor y familiar. Ahora todo era distinto, todo estaba perdido.

Pero Faen encontró al bárbaro y lo siguió pese a que éste echó a correr.

—Kehr Odwyll. ¡Traidor, traidor!



Hermana

El sol de la aurora llegó demasiado pronto y las llamas de la hoguera no consiguieron alejar el frío de los huesos de Kehr. Éste hizo a un lado su pesada capa de piel de oso y se incorporó, estirando sus dos metros y medio de cicatrices y músculo. Con los años, Kehr adoptó una práctica común en las Islas Skovos: quitarse el pelo del rostro y la cabeza con una hoja afilada. Tal costumbre tenía sentido en aquellas tierras estivales, además de disminuir la obviedad de que era un fuereño. Sin embargo, el frío viento se apreciaba extraño sobre su piel desnuda. Sólo tomó unas cuantas semanas bajo los cielos invernales para que Kehr anhelara la barba indomable y el largo cabello que llevaba en su juventud. Pasó sus dedos ásperos sobre la barba de tres días que poblaba su mandíbula y se preguntó si Tehra le reconocería.

Pensar en su amada le traía una punzada enferma que perforaba su pecho. No sólo era pena, culpa o añoranza, no en su totalidad. Era el dolor de un error recubierto de tejido encallecido y remordimiento. No existía forma de cambiarlo. Únicamente era posible envolverlo con mayor fuerza en un intento de adormecer el sufrimiento, o al menos poner tierra de por medio. Kehr sacudió la cabeza.

El viaje de regreso sería largo. El Golfo de la Marca del Oeste yacía detrás de las Montañas Kohl al sur. Kehr sabía que ahí podría hallar pasaje en un barco mercante que rodease la península. Los comerciantes siempre estaban dispuestos a contratar músculo que vigilara la carga mientras ellos desembarcaban a visitar los burdeles de la ruta. Kehr hablaba los idiomas mercantes de Therat, Lut Gholein y las Islas. Era capaz de convencer a cualquier empleador potencial de que, pese a su tamaño, no era uno de esos primitivos salvajes de las

Tierras Temibles, sino una especie más civilizada de mercenario. Posteriormente sería fácil pasar por la Marca del Oeste, Puerto Rey y luego navegar rumbo a Philios. Ahí... bueno, ahí aguardaba ella. Había colinas desbordantes y música ligera; había vino, carne, risas, así como brazos delgados y cálidos. Ahí podría olvidar el deber, el frío y el brutal remordimiento.

¿Cuál era su propósito? ¿Hallar a su gente? ¿Pedirles perdón? Bueno, lo encontraron, o al menos Faen lo hizo.

Mientras echaba tierra con el pie sobre los restos humeantes de la hoguera, Kehr intentó expulsar de su mente el recuerdo de la noche anterior para concentrarse en el viaje venidero. Los picos que se extendían al frente eran formidables, sin embargo, albergaban bosques, estaban habitados —vivos— un cambio agradable con respecto a los muertos... Incluso bienvenido después de las últimas semanas. La mano de Kehr tocó su pecho.

No traicionaba a nadie en esta ocasión, se dijo. Tampoco eludía su deber, pues quienes dictaban tal cosa ya no existían. Sólo dejaba una tierra vacía que ya no ejercía poder sobre él. Kehr tenía la esperanza de enmendar las cosas y así poner fin a la persistente culpa. En lugar de eso, halló el eco del silencio y una gélida faceta de su desgracia, la cual provocaba que se le retorciera las tripas con cada visita de Faen. El mismo pensamiento retumaba en su mente una y otra vez: no traicionaba a nadie ahora, no esta vez.

Más allá de la siguiente cuesta, Kehr sabía que se toparía con el sinuoso sendero del cazador, mismo que transitó hace dos meses durante su viaje hasta acá. Desde ahí sólo sería cosa de seguir las vías de mayor tamaño que se entrecruzaban en la faz norte del Kohl hasta llegar al Camino de Hierro.

El Camino de Hierro era ancestral. El vestigio de un imperio perdido que se extendía desde los desiertos de Aranoch hasta el Mar Helado. Pavimentado con anchos bloques de esquisto ferroso de color óxido, el Camino de Hierro surgía de los gélidos confines de Ivgorod, atravesaba la espina de las Montañas Kohl y descendía hasta las laderas occidentales de Khanduras. En algún momento fue una ruta vital para el comercio y las tropas imperiales, pues hacía del paso entre las enormes y serradas montañas una cuestión de semanas en

lugar de meses. La mejor parte, el camino entró en desuso hace muchos siglos ya. En la actualidad se encontraba abandonado y olvidado, puesto que los reyes del norte, así como los jefes y señores de guerra, tenían pocos tratos con sus vecinos en estos caóticos tiempos. La destrucción de Arreat infundió miedo en los corazones de las naciones aledañas y muchas decidieron cerrar sus puertas, fortalecer sus murallas y dejar que el mundo se tornara salvaje en sus fronteras.

Eso significaba que la travesía estaría libre de viajeros y bandidos. Aunque Kehr podía lidiar con ambos, prefería caminar en soledad. Apoyó a Desdén, su enorme mandoble, sobre su hombro y se volvió para emprender la marcha hacia las colinas.

Transcurrieron diez días de viaje, diez anocheceres, diez visitas más de su hermana. Uno de sus brazos había sido devorado por carroñeros y su cráneo mostraba hueso amarillento, pero seguía siendo Faen. Seguía siendo su voz, su condena. El bárbaro se preguntó si algún día se acostumbraría al asco y al horror de su presencia; si debería hacerlo.

A Kehr le preocupaba que Faen pudiera seguirle a través de los Mares Gemelos hasta Philios. Existía una idea en una parte recóndita de su mente que luchaba por hacerse escuchar, ¿qué tal si la mataba? ¿Qué tal si la atravesaba con su imponente hoja, convirtiendo su temblorosa figura en una pila de hueso astillado y carne descompuesta? ¿La liberaría de su tormento? ¿Lo liberaría a él?

Kehr se ciñó la piel de oso alrededor de sus hombros. No, no podía hacerle eso a Faen, su hermana. Se había ganado sus palabras y su odio, merecía estas rayas.

Sacudiéndose la oscuridad de la mente, el hombre robusto halló consuelo en sus largas zancadas y el suelo bajo sus pies. Fuera por la necesidad de abandonar estas tierras, o su deseo de regresar a un clima más agradable, avanzaba a velocidad impresionante. El Camino de Hierro estaba cerca y sabía que su paso se volvería más presto una vez que llegara al sendero pavimentado. Pronto todo quedaría en el olvido. Quizá Faen permanecería aquí, en las frías tinieblas a las que pertenecían los muertos.

Kehr suspiró, intentando desviar sus pensamientos hacia el vino, el sol y el controlado sonido de las olas acariciando la arena. Su estómago gruñía. Dos días atrás consumió lo que

restaba de su provisión de carne seca y no había gran cosa qué cazar. Su objetivo había sido dejar esta tierra, su hogar caído, tan rápido como pudiese. Tendría que dedicar algo de tiempo a la búsqueda de sustento.

En cinco alientos su ensueño se vió interrumpido por un grito... luego *gritos*. Provenían de la vereda que se encontraba un poco más adelante, justo del otro lado de un bosquecillo de resistentes matorrales —comunes a menor altitud— que delimitaba el Camino de Hierro. Kehr se agachó y se alejó del sendero que había estado siguiendo, rodeando los árboles para obtener una mejor perspectiva.

Eran refugiados, obvio aún a simple vista. Hombres, mujeres y niños, docenas de campesinos delgados y sucios con ropas raídas que cargaban sus escasas pertenencias en canastas, mochilas o mantas. Al igual que Kehr, los refugiados asumieron que el camino estaría vacío, pero viajaban de manera descuidada. Avanzaban en una fila desordenada por el camino sin considerar bestias, bandidos, o peor; vaya que había peores cosas que los bandoleros en las montañas aledañas.

Kehr los detectó por el aroma aún antes de verlos y su estómago se revolvió. Khazra, demonios deformes y greñudos; perversa cruza entre hombre y cabra. Estos robustos y musculosos seres viajan, por lo general, en manadas y cuentan con largos brazos correosos cuyas fibras se encuentran aglutinadas bajo un pelaje áspero y mugroso. Las piernas de tales abominaciones se doblan a la inversa, en un ángulo bestial, y rematan en pezuñas de color negro. Sus hombros presentan una combinación de firme musculatura animal y tortuosas venas que culminan en la prominente cabeza pesadillezca de un macho cabrío; con impenetrables ojos achinados y cuernos retorcidos. Kehr había enfrentado a esas bestias previamente —varias veces durante sus viajes al sur— y los recuerdos sabían a hiel. Los khazra eran prueba tangible y hedionda de la grotesca labor que desempeñaban los demonios sobre los hombres.

Kehr vió a dos hombres cabra avanzar con avidez por el camino mientras los refugiados se dispersaban gritando. Ya había varios cuerpos regados en la zona, frágiles montones marcados en rojo. Más de las bestias iban de cuerpo en cuerpo, quitándoles sus magros harapos. Kehr sintió su desasosiego convertirse en ira, pero se la tragó. No era su lucha ni su deber, sólo prolongaría su viaje y poco podía hacer al respecto. No les debía nada a los campesinos, tontos que marchaban sin armas por un campo abierto. Kehr no tenía vigilia aquí.

Estaba a punto de dar media vuelta y regresar cuando vió a un leñador ataviado con ropas de tejido artesanal color café. Iba solo y había llamado la atención de los demonios; el contenido de su bolsa de yesca regado sobre el gastado pavimento. Sostenía su hacha en alto mientras lo rodeaban las abominaciones al son de risas agudas y carnosas. Los hombres cabra llevaban toscos picos y lanzas, alternando estocadas contra el pobre hombre —quien presentaba manchas de sangre en varios lugares— cada vez que les daba la espalda. Los demás refugiados aprovecharon la oportunidad para huír hacia los árboles cercanos, abandonando al leñador a lo que prometía ser una muerte larga y agonizante. El hombre giró para desviar un brutal ataque y Kehr vió lo que llevaba en su otro brazo: una niña.



Vida

Aron había perdido toda esperanza, dudando si podría sostener firmemente su hacha un instante más, cuando un rugido retumbó por el aire. Los monstruos balaron por la sorpresa al momento en que una furiosa tormenta de acero pasó junto a ellos. Trastabillando, Aron alzó su arma y apretó su brazo en torno a la niña, suplicando que este nuevo demonio le trajera una muerte más rápida.

Instantes después, los hombres cabra se colapsaron en pedazos sanguinolentos. Al ver la nueva amenaza, Aron perdió el aliento.

Era un *hombre*, un gigante aún más alto que las cosas que le atacaban. Un hombre salpicado de sangre caliente que despedía vapor en el frío aire mañanero. Llevaba una capa de piel de oso sobre sus anchos hombros, las piernas ceñidas con piezas variopintas de armadura de malla y placas que no hacían juego, así como pesadas botas de piel de buey. Su pecho estaba descubierto y marcado con cicatrices. Sostenía la empuñadura de un arma terrible —que era de su tamaño— con manos gruesas, nudosas y encallecidas. La espada era fácilmente tres veces más grande que el hacha de Aron y estaba forjada de iracundo metal ardiente. La superficie de la hoja irregular presentaba muescas en ambas caras, era una herramienta de muerte tosca y brutal que el hombre sostenía en alto como si fuese una extensión de su brazo.

Sólo podía tratarse de un bárbaro. Aron había escuchado las historias aún en su remota aldea en las laderas del este. Cuentos de gigantescos salvajes que protegían la sagrada montaña y devoraban a los intrusos. Sin embargo, nunca imaginó la verdad, un mortal

viviente con fuerza tan increíble; velocidad feral y poderío subyugados por la voluntad de un hombre.

Los khazra que despojaban a los cadáveres tiraron lo recolectado y dejaron escapar llamados agudos; cortinas de vaho entre dientes amarillentos. Aparecieron más de dichos seres a ambos lados del camino, junto con aquellos que persiguieron a los refugiados. Aron contó siete, ocho bestias en total. Se sentían envalentonadas, balando mientras medían a su objetivo solitario. Poco después inclinaron sus cabezas, formaron un grupo compacto y cargaron.

El bárbaro respiró entre dientes, sosteniendo su espada masiva con una mano para poder extender la otra hacia Aron.

—Tu hacha.

Aron la entregó con presteza. Se veía tan frágil en esa manaza. El bárbaro la alzó para verla de cerca y asintió a modo de aprobación.

—Resistente, su propósito no es la madera.

Los hombres cabra ganaban velocidad y el sonido de sus pezuñas contra la piedra retumbaba cada vez con más fuerza. ¿El bárbaro quería hablar acerca de un hacha para leña mientras la muerte se avecinaba? ¿Qué clase de loco era éste?

—Sí... digo, no, no... perteneció a mi padre, —tartamudeó Aron. —Era un miliciano de...

Con un fluido movimiento, el bárbaro alzó el brazo y proyectó el hacha hacia el frente. Aron vio el arma girar de extremo a extremo, un borrón de acero que *atravesó* el cráneo del khazra más cercano y se incrustó en el pecho del que venía detrás. La primera criatura se desplomó, los restos de su cabeza escupiendo sangre oscura, mientras el segundo tropezó con el cadáver y dejó de moverse. Los monstruos restantes disminuyeron su velocidad, separándose para rodear a su objetivo mientras se aproximaban.

Aron se abalanzó sobre el cadáver de una de las criaturas que le atacaron. Buscaba tomar su lanza y quizá ayudar al bárbaro a enfrentar valientemente a los monstruos antes de que

éstos los aplastaran. El gigante gruñó y lo pateó en la cadera, derribándole. Aron rodó para proteger a la niña, devolviéndole una mirada cargada de miedo.

—No te levantes.

Aron se agachó y mantuvo el brazo en torno a la niña que cuidaba. Había dejado de llorar y eso le preocupaba, aunque, por otra parte, quizá era mejor que hubiera perdido el conocimiento. Los hombres cabra los tenían rodeados y salía espuma de sus bocas. Estaban furiosos y Aron sabía por experiencia reciente que despedazarían a sus presas con fanatismo carnal. El bárbaro flexionó los brazos y acercó su espada, Aron pudo ver los músculos hincharse con fuerza latente.

La paciencia de los hombres cabra se disipó y atacaron al son de chillidos agudos. Aron levantó la mirada para ver al bárbaro cerrar los ojos y —¡por los Infiernos Ardientes!— *sonreír*. Luego, el hombre robusto se inclinó hacia atrás y la sonrisa se convirtió en una expresión burlona mientras giraba en un arco negro hacia los engendros. Aron hizo una mueca cuando la pesada arma descargó un soplo de aire frío al zumbiar sobre su cabeza. Los monstruos no consideraron el alcance inhumano de su adversario y cuatro de ellos fueron víctimas del fatal gemido creciente. El ataque no cortó, sino que *desgajó* a las bestias, seccionó espinas, despedazó huesos, rasgó piel y salpicó a Aron de carmesí; llenando sus oídos, nariz, boca y ojos con rojo tibio y salado. El leñador se limpió la sangre del rostro mientras tosía. Donde hubo cuatro hombres cabra, ahora había ocho pedazos inmóviles desperdigados por el camino. El bárbaro estaba apoyado en una rodilla y jadeaba. Tenía los brazos flexionados hacia un costado, donde la hoja se incrustó en un bloque de esquisto. Los dos khazra restantes, más inteligentes que sus fallecidos hermanos, se abalanzaron contra el bárbaro, aprovechando el punto ciego a su espalda.

Aron trató de gritar y alertar al hombre, pero tosió debido a la sangre a medio cuajar en su garganta. El bárbaro se agachó y surgió hacia arriba, levantando su espada y la masiva roca en la que se encontraba incrustada. Metal y roca se impactaron contra las bestias, hendiendo sus formas carnosas, machacándolas y quebrándolas con gran estruendo. Trozos húmedos del tamaño de puños volaron cerca de Aron.

Y luego... todo terminó, seguido de silencio. El bárbaro estaba de pie, triunfal en el aire de la montaña, un cincelado dios de sangre, de muerte y de furia. Aron nunca había visto nada tan terrorífico y temía lo que pudiese significar la llegada de esta imponente figura. Observó al hombre volverse y guardar su arma, para luego caminar una corta distancia por la vereda. ¿Se marchaba? No, se agachó para extraer el hacha de Aron del pecho ensangrentado en la que estaba incrustada y luego regresó. Kehr extendió el arma hacia el leñador con el asta hacia el frente y asintió.

—El camino será seguro para ti ahora. Los khazra no atacan dos veces a un adversario más fuerte y las noticias corren rápido entre esos carroñeros.

Aron se estiró para tomar el hacha pero se detuvo. El bulto bajo su brazo estaba inmóvil y comenzaba a enfriarse. Fue en ese momento cuando notó la marca húmeda y oscura donde una lanza pasó a través de sus defensas.

El leñador inclinó la cabeza.

—No... no, no.

Llorando, la abrazó fuerte y cayó de rodillas. El bárbaro observó la escena creyendo comprender.

—Vi como la protegiste leñador. No podrías haber hecho más para salvar a tu niña. —Kehr escupió, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los refugiados que regresaban en silencio al camino. —Cumpliste el deber de un padre.

—No, —dijo Aron, su voz quebrándose. —No es mía. Intenté protegerla cuando atacaron los hombres cabra, cuando sus padres fueron asesinados. Ella no es mi hija.



Muerte

Kehr caminó con los refugiados, quienes suplicaron que les protegiera. Le ofrecieron comida y unas cuantas piezas de plata por su compañía. El bárbaro tomó su exiguo pago y de mala gana aceptó escoltarles. Kehr los consideraba muertos, o al menos lo estarían al separarse. Él sólo compartía el camino, pero lucharía por ellos hasta que el Camino de Hierro doblara hacia Khanduras. ¿Le perseguiría Faen si viajaba con otros? Esperaba que no fuera el caso, pero decidió pasar el anochecer a solas para que nadie pudiera escucharla. No había necesidad de atemorizar aún más a los refugiados. De cualquier modo, sería reconfortante caminar entre voces vivientes durante un tiempo. Los campesinos, por su parte, mantuvieron su distancia, desconfiando del silencio de Kehr pero sin deseos de rezagarse.

—¿Eres un bárbaro, verdad?

Se trataba del leñador. Kehr le había perdido de vista cuando éste se alejó para enterrar a la niña desconocida. El bárbaro no le escuchó acercarse sino hasta ahora. Kehr asintió con un gruñido y apretó el paso.

—Lo que pensé. ¿Quién más podría igualar los golpes de esos monstruos? ¿Quién más podría blandir un arado como si fuera una espada corta? —El leñador sacudió la cabeza, una sonrisa en su rostro.

Kehr frunció el ceño. Quizá se equivocó con respecto al consuelo que era escuchar las voces de otros seres vivientes. Habían pasado largas semanas desde que intercambió palabras con otro humano... o alguien más *decidió compartirlas* con él. Se preguntó si las

conversaciones siempre eran tan ligeras y vacías. No obstante, quedó impresionado con la percepción del leñador. Desdén fue forjada con la hoja de un azadón. Kehr movió los hombros y se escuchó el crujir de las tiras de cuero que mantenían la enorme espada en su sitio.

El campesino se adelantó unos pasos, intentando llamar la atención de Kehr. —Dudé en un principio, no llevas la barba ni la cabellera que siempre mencionan los relatos...

Se aclaró la garganta.

—Comprendo si no deseas hablar, sólo quería agradecerte.

Aron inclinó la cabeza y permitió que el bárbaro se adelantara. Kehr siguió su camino pero, casi en contra de sus deseos, se sintió intrigado por el leñador. Un hombre que se mantuvo firme para defender a la hija de un extraño cuando los demás corrieron, alguien que decidió expresar gratitud mientras los demás temblaban de miedo. Tal temple era algo impresionante, en particular entre los plebeyos. Kehr se volvió para ver a donde se había ido el leñador y se sobresaltó al encontrarle tan sólo a unos pasos de distancia.

—Te desplazas con suavidad, leñador. ¿Aprendiste eso al cazar árboles?

El hombre ríe, un sonido sorprendentemente cálido en este sitio.

—No teníamos que lidiar con *khazra* en los bosques cuando yo era un niño, pero eso no significaba que era seguro caminar haciendo escándalo. Recolectar yesca no es fácil cuando te persigue un oso.

Kehr asintió. La explicación tenía lógica, pero sospechaba que el leñador era más de lo que decía ser. Algunos hombres guardan secretos, como bien sabía el bárbaro, y desvió la mirada.

—¿Es ésta la primera vez que te topas con los hombres cabra?

—Bueno, nunca en tales cantidades. En los últimos años nos los encontrábamos de cuando en cuando en grupos de tres o cuatro y por lo general a mayor altitud, donde sus pezuñas les permiten desplazarse más rápido. Los considerábamos peligrosos, pero se mantenían a

raya de hombres armados en condiciones iguales. Sin embargo, ahora se encuentran en todas partes del Kohl, desde los picos hasta las laderas.

El leñador apretó los dedos alrededor del asta de su hacha y Kehr pudo ver los oscuros pensamientos que cruzaron dentro de sus ojos. —Parecería... parecería que se organizaron, pues nunca antes mostraron tal coordinación e iniciativa. Incluso han comenzado a atacar las aldeas más remotas. Hace siete días vi una horda de estos monstruos cruzar el valle en dirección al poblado de Dunsrott. Logré advertir a mi gente, así que tomamos lo que pudimos y huímos sigilosamente al caer la noche. Seguimos el Camino de Hierro y nos topamos con otros que contaban la misma historia.

—Somos la vanguardia —el leñador hizo un ademán con el brazo para indicar la caravana de mendigos que avanzaba desordenadamente detrás de él—, de lo que pronto se convertirá en una línea interminable de gente desplazada si nadie hace nada para detener estos ataques.

Estas palabras pusieron a pensar a Kehr.

—Nadie *hará* nada con respecto a los khazra, leñador. Las montañas son tierras fronterizas, ningún rey las gobierna ni las protege. Conduce a tu gente lejos del Kohl hasta llegar a un lugar seguro y quédate ahí.

El hombre disminuyó la velocidad al considerar las palabras de Kehr y sus labios dieron paso a una sonrisa adusta. Parecía haber tomado algún tipo de decisión y extendió la mano.

—Somos gente de montaña, mas no tontos. Tenemos el propósito de seguir este camino y continuar hasta las tierras bajas de la Marca del Oeste... donde comenzaremos de nuevo, supongo. Me llamo Aron.

El leñador, Aron, mantuvo la mano extendida hasta que Kehr gruñó y la estrechó con su puño encallecido. Después de dar un apretón superficial, el bárbaro soltó la mano del hombre.

—Soy Kehr Odwyll, el último de la tribu del Ciervo.

—¿El último?

—Mi gente ya no existe, Arreat los consumió en su furia.

—Lo... lo siento. No puedo imaginar peor pérdida que estar separado de tu gente. Por eso viajé con ellos a pesar del peligro. —Aron señaló a los refugiados.

Kehr y el leñador avanzaron una docena de pasos más.

—Pero... —musitó Aron—, ¿cómo sobreviviste a la destrucción? La noticia de la ruina de la montaña llegó incluso hasta mi humilde aldea. ¿Qué milagro te mantuvo con vida?

Kehr no respondió, se limitó a mantener la vista fija en el Camino de Hierro y apretó el paso hasta que dejó atrás a Aron. El bárbaro desvió la mirada. Algunos hombres guardan secretos y esto era algo que sabía bien.

El sol iba en descenso y la andrajosa caravana que seguía a Kehr pronto acamparía para pasar la noche. Los campesinos se encontraban a cierta distancia, pero el bárbaro subió por las rocas para alejarse del camino. Quizá no había necesidad... pero tenía que asegurarse.

Esa tarde, Faen hizo acto de presencia. Perdió la quijada durante el viaje, lo que dejó su negra y húmeda lengua colgando entre las fibras enroscadas de la piel de su garganta. Decía las mismas palabras; el horror era igual. Kehr albergaba la esperanza de que su hermana se alejaría si viajaba con esta gente, que protegerlos podría redimirlo ante sus ojos hundidos. Incluso esperó, se atrevió a creer, que todo esto sólo existía dentro de su mente como resultado de la culpa enconada. Sin embargo, el frío era tan agudo y líquido, trepaba por sus brazos y hombros; era real. El gélido ardor de la furia de Faen no había disminuído.

Kehr sabía que habría de pasar las tardes de este viaje lejos de Aron y de su gente.



Traidor

Kehr se equivocó con respecto a los hombres cabra. Rechazó otros dos ataques la mañana siguiente y tres refugiados más murieron en la lucha. Siete khazra decoraban el Camino de Hierro con sus cadáveres y a Aron comenzó a preocuparle la cantidad de cuernos curvos que le separaban de la Marca del Oeste. Los khazra intentarían efectuar emboscadas relámpago cuando el bárbaro se alejase mucho del grupo.

Con sus temores amplificados, los campesinos ahora caminaban en un grupo compacto a unos cuantos metros de su protector. Aron seguía a la pequeña caravana de veinte almas, su hacha desenvainada y lista. Algunos de los hombres y mujeres más fuertes del grupo tomaron las armas de sus perseguidores caídos. La formación demostró ser efectiva contra las cobardes bestias y no hubo más ataques ese día.

Kehr ayudó a los refugiados a levantar un campamento defensible y luego, pese a sus protestas, los dejó mientras el sol se deslizaba tras los picos occidentales. Dijo que deseaba explorar las colinas circundantes para examinar potenciales sitios de riesgo para el día siguiente.

Aron sabía que Kehr mentía y notó el temor en el rostro del bárbaro.

Pero Kehr regresó poco después de caída la noche para alivio de los refugiados. Aron percibió que había ocurrido algo aún más terrible. El bárbaro venía acompañado de cierta *frialdad*, algo palpable que calaba aún más profundo que el aire de la montaña. Era como si el sol del ocaso hubiese arrancado el calor y la vida de Kehr Odwyll, llevándoselos mientras descendía detrás del Kohl. El leñador consideró sabio no hablar cerca del hombre.

Aron le extendió una generosa porción de la comida que llevaban los campesinos. La viuda del alcalde asignó la parte del bárbaro a la vista de los refugiados hambrientos. Kehr la tomó sin cuestionar y la devoró en intenso silencio. Aron se preguntó cuanto llevaba el bárbaro sin comer, así como si los animales pequeños y las moras que recolectaba la caravana por el camino serían suficientes para saciar sus necesidades y permitir que los refugiados llegaran a la Marca del Oeste sin morir de inanición.

El leñador habló con la viuda, una matrona de rostro arrugado llamada Seytha, cuando Kehr desapareció con el crepúsculo. Dijo que el bárbaro no trataba de causarles daño, sólo que no estaba acostumbrado a viajar con individuos necesitados y poco preparados. Pese a su actitud taciturna, Kehr había demostrado su compromiso de asegurar que los campesinos llegasen al final de su viaje. La mujer no parecía convencida y ni siquiera miraba a Aron, sino al camino que se extendía adelante.

Aron montó guardia esa noche en compañía de Daln, el porquero. Armado con una pala doblada, el viejo demostró ser más duro y firme que muchos hombres más jóvenes. Daln tartamudeaba y parecía encontrarse en estado perpetuo de incredulidad. Después de sus sesenta años de vida en el mismo kilómetro cuadrado de Dunsmott, el viaje le era angustioso e incomprensible. No hubo ataques esa noche, ninguna señal de los hombres cabra desde que los campesinos abandonaron sus hogares. Daln preguntó “qué hizo el bárbaro al anochecer para espantar a los monstruos” con palabras entrecortadas. Preguntó si Kehr había llamado a algún dios gélido de las Tierras Temibles para proteger a los refugiados. Aron le dijo al viejo que mantuviera el pico cerrado y la vista en el camino. *Uno no cuestiona las ramas del roble caído, uno las recoge y se muestra agradecido.*

Dos días dieron paso a cuatro y luego a cuatro más. Los ataques eran más escasos, pero no cesaron del todo. Aron podía ver a los perseguidores de la caravana, por lo general un par de exploradores que avanzaban por los picos en ambos lados del camino. En ocasiones se les unían dos khazra más y, envalentonados por sus números, abandonaban cualquier intento de operar en secreto. Aron lo consideraba tan inquietante como los asaltos frontales. La constante presencia de figuras bestiales, siluetas frente a las colinas, el sonido

de pezuñas contra la roca, el viento comunicando los grasosos llamados de los monstruos como si se tratase del fétido hedor de carne descompuesta.

La actitud de Kehr se tornó más cordial conforme el Camino de Hierro comenzó a descender hacia las laderas y Aron descubrió que el bárbaro contaba con mayor disposición para conversar, siempre y cuando el leñador mantuviera sus comentarios breves... y sus preguntas escasas. Kehr pareció hallar algo de consuelo al hablar de su gente y Aron se enteró de la tribu del Ciervo, de su vigilia y del cargo sagrado de proteger Arreat. También aprendió que la vigilia había dado significado a la existencia de la gente de Kehr, así como el modo en que ésta sellaba su vínculo con los animales de la montaña. Era un acuerdo compartido entre todas las tribus bárbaras, la fuente de su fuerza espiritual.

A cambio, Kehr se enteró de la educación del leñador en la rústica aldea montañosa de Dunsrott. Aron y su hermano fueron criados por su padre después de que su madre sucumbió a causa de una enfermedad. El padre de Aron, un miliciano veterano, no sabía nada de cuestiones no militares, así que entrenó a sus hijos para que se convirtieran en soldados. Era una vida dura, tan dura que el hermano de Aron huyó al norte, a Ivgorod, para estudiar con los monjes. Nunca se volvió a saber de él. Su padre falleció poco después, dejándole una humilde cabaña en el bosque, un hacha gastada y escaso remordimiento. Aron se encontraba agradecido de que el viejo no vivió para ver a su amado Dunsrott saqueado y en manos de estas bestias profanas. Era una pequeña bendición, una *kaelseff*. Aron utilizaba estas palabras con frecuencia, fragmentos del antiguo idioma. Kehr se burló de lo que consideraba una afectación —la simple reverencia por palabras de una lengua inútil— que presentaba el leñador. Aron no se ofendió, sólo se limitó a sonreír.

—Los nombres tienen poder, Kehr Odwyll, —dijo. —Tienen el poder de unirnos.

Kehr gruñó y se ciñó la piel de oso en torno a su pecho.

El grupo pasó varios días sin sufrir ataque alguno y la moral iba en aumento. Los exploradores khazra aún les seguían a cierta distancia, pero todos se habían acostumbrado a su presencia. Asimismo, tenían la esperanza de que podrían dejarlos atrás una vez que la Marca del Oeste estuviese más cerca. Kehr predijo que dejar las montañas tomaría uno o

dos días más. Aron esperaba que la recolección fuese más fructífera una vez que los refugiados llegaran a las tierras bajas. Él y algunos de los hombres y mujeres más fuertes ahora cedían su ración diaria al bárbaro. Las reservas estaban casi agotadas.

El estómago del leñador gruñía cuando Kehr se aproximó y dijo que era momento de detenerse por hoy. Aron se recargó cansinamente contra una piedra a un lado del camino mientras otros preparaban el campamento. Notó que los únicos con energía eran aquellos que habían sido alimentados: los jóvenes, los viejos, los heridos... y el bárbaro. Aron sabía que era necesario hablar con Kehr, ver si podía ayudarlo a entender el modo en que se racionaban las cosas. Decidió abordar el tema hoy en la noche, cuando el hombre regresara de su periodo de soledad vespertina.

Con los ojos fijos en el sol descendente y una línea adusta dibujada en su boca, Kehr mantuvo sus pensamientos en otro lado. Terminó su comida sin decir palabra y emprendió su jornada nocturna hacia la luz evanescente. Después de un día de viaje, aún había propósito en los pasos del bárbaro. Las largas zancadas significaban que nadie debía seguirlo.

Aron no tenía el vigor para seguirlo aunque quisiera. Mareado por el hambre, se sorprendió cuando escuchó la voz de una mujer a sus espaldas.

—¡Kehr Odwyll! Si te topas con alguno de tus khazra esta noche, por favor tráelo de vuelta. Algunos de nosotros perecemos por falta de alimento y no nos negaríamos a consumir las partes cabrías para tener fuerzas para andar el resto del camino.

El bárbaro se detuvo y Aron se volvió para ver quien dijo tal cosa. ¿Quizá el hambre la había hecho desvariar? Era Sethya, quien servía a Kehr su ración de las reservas menguantes de la caravana noche tras noche. Llevaba las manos sobre las caderas, su valor traicionado por un brillo húmedo en los ojos.

Kehr daba la espalda a los refugiados, quienes guardaban silencio. Su voz hizo eco por el cañón.

—¿Acaso la gente de Dunsmott se arrepiente de mis servicios?

Aron avanzó hacia el bárbaro, trastabillando con las manos extendidas.

—¡No, Kehr! Ella no quiso...

Pero Sethya habló de nuevo, quedaba claro que había rumiado las palabras todo el día. — Morimos de hambre a tu sombra, bárbaro. ¿Qué importa si fallecemos por el acero de un hombre cabra o de inanición?

Aron escuchó murmullos enojados que estaban de acuerdo con lo dicho, el sonido de gente hambrienta y cansada. En su rostro se dibujó una mueca, pues todo parecía indicar que la situación se convertiría en un sermón contra su protector. El leñador se volvió para mirarles, intentando detener la marea antes de que se saliera de control.

—Ha sido duro para todos nosotros, Sethya. Le damos comida porque necesita fuerza para enfrentar a nuestros atacantes. Una vez que dejemos las montañas podremos cazar y...

—¡No sobreviviremos más de dos días si no encontramos alimento! —El tono de voz de la mujer cortó el aire frío como un cuchillo. Hubo algunos gritos ahogados y surgieron más voces iracundas. Daln apuntó su pala hacia el bárbaro, quien ahora los encaraba.

—¿Por qué no nos trae n-nada de sus cazas n-nocturnas? —Dijo el viejo. —No lo alimentamos para ab-abandonarnos cuando le parezca. ¡Su d-deber es mantenernos con *vida!*

Aron había estado observando la reacción de Kehr hacia la multitud enardecida. Parecía estar hecho de roca, sólo frunciendo el ceño ante una palabra, *deber*. Aron notó como se tensaron los músculos del cuello y la quijada del bárbaro mientras exhalaba peligrosas nubes de vaho. Kehr se volvió hacia el leñador, su voz ardiente cual carbones encendidos.

—He sido mercenario para sultanes, señores de guerra y príncipes mercantes a lo largo y ancho de las islas del sur. Jamás he desenvainado acero por tan poca cosa. —Escupió en el suelo. —Todos ustedes deberían haber muerto en estas montañas, lo que seguro ocurrirá cuando lleguen a las tierras bajas. En la Marca del Oeste hay khazra y cosas peores. Debí abandonarlos a su suerte en el Camino de Hierro cuando los encontré, hubiera sido un acto misericorde.

Aron extendió los brazos con desesperación.

—Por favor, Kehr. Perdona sus palabras precipitadas. Están asustados y hambrientos. No saben lo que dicen, ¡no nos abandones!

Kehr Odwyll se detuvo por un instante, sus ojos clavados en el hombre.

—Sobrevivirás si los abandonas Aron, pues tienes la habilidad necesaria para el viaje. Si te quedas, morirás junto con ellos.

Posteriormente, el bárbaro se internó en la luz menguante, acompañado de las lastimeras súplicas de los refugiados. Aron se volvió hacia su gente y apoyó su hacha sobre su hombro. Nunca la había sentido tan pesada.



Hermano

Kehr caminó hasta que la apariencia, el sonido y el aroma de los patéticos plebeyos desapareció entre las sombras. La sangre del bárbaro hervía con ira resentida. Llevaba los puños apretados y sus nudillos comenzaban a tornarse blancos. ¿Acaso esos tontos no saben quién sostenía sus vidas en la mano? ¿Se daban cuenta de lo mucho que retrasaron su viaje, los días que le habían costado por una miseria de pan seco? ¿¡Cómo se atrevían!?

El sol se escurría silencioso tras las montañas mientras la furia del bárbaro se veía erosionada por lóbrega frustración. Rugiendo, desenvainó a Desdén y, luego de tomarla con ambas manos, la lanzó hacia la oscuridad.

—¡Ven hermana! ¡Ven a sermonearme sobre mi traición! ¡Ven a nombrarme con tu negra lengua!

Kehr cayó de rodillas, las sombras lo rodearon y cerró los ojos conforme los pasos se aproximaban. Su hermana vendría sin importar si protegía o no a los campesinos tontos. *De qué sirve...* el aliento se congeló en su garganta.

Muchos pasos —*demasiados*— golpeaban las baldosas del Camino de Hierro.

—No soy tu hermana, pero te nombro de igual manera, —dijo una voz, baja y gruesa, que *balaba*. —Te nombro tonto, presa y, sí, traidor.

Kehr se incorporó de un salto pero fue derribado. El bárbaro rodó e intentó levantarse, pero varios hombres cabra lo sujetaron con fuerza. Se sacudió a dos de ellos, mas un ataque

por la retaguardia le hizo perder piso. Más khazra se apilaron encima de él y todo comenzó a tornarse negro.

—¡Suficiente! ¡Amárrenlo y tráiganlo acá!

Kehr escuchó el tintineo de cadenas y sintió fríos grilletes aprisionar con fuerza sus muñecas, hiriendo la piel. Los khazra lo patearon, mordieron y obligaron a que se pusiera de pie. Una de sus costillas reventó. Escurría sangre sobre su espalda y brazos. Los sonidos, el dolor, la ira; todo parecía distante.

—Este Camino de Hierro ahora nos pertenece, abandonaste a tus ovejas demasiado tarde bárbaro.

Kehr alzó la cabeza y parpadeó para sacudirse el calor líquido que inundaba sus ojos. Frente a él se encontraba un khazra monstruoso que fácilmente doblaba en tamaño al hombre cabra más grande que había visto en toda su vida. Pese a la bruma de dolor y sangre, Kehr estaba sorprendido. Tal engendro malnacido era una abominación aún para los estándares de los khazra. Sus enormes hombros daban paso a brazos anchos y largos, cuyas manos con nudillos espinosos llegaban al suelo. La piel de la criatura, de tonos grisáceos y violetas, se encontraba marcada con letras viles, runas y otros caracteres que se retorcían con vida artificial sobre la carne torturada. En lugar de dos cuernos en espiral, surgían *cuatro* de su nudoso cráneo y se extendían cual gruesos zarcillos de madera que arqueaban en torno a la prominente mandíbula, trazando una curva gentilmente obscena. Los cuernos eran pesados, estaban ceñidos con hierro y presentaban las mismas inscripciones que decoraban su piel. Denso cabello negro apelmazado con sangre y tintes rudimentarios —de tonos verdes y cafés— cubría sus piernas hasta rematar en pezuñas de ébano. El monstruo lanzó la cabeza hacia atrás al son de una carcajada cabría y una mueca se dibujó en el rostro de Kehr. Éste notó ubres simiescas y planas, perforadas con opacas argollas de cobre, colgando como pescado seco. Era un khazra hembra.

Con ternura torpe, ella pasó sus dedos ásperos sobre la parte superior de la cabeza del bárbaro, su mejilla y su cuello; Kehr sintió gran asco. Ella rió al tocar su pecho marcado.

—No soy la única marcada con las palabras de los dioses, ¿eh? —Hablabla en tonos fétidos que se cuajaban a su alrededor; su aliento agrio y húmedo. La khazra acarició las líneas que corrían sobre el corazón del bárbaro, marcas que éste había mantenido ocultas bajo su capa.

—¡Ja! ¿Acaso no lees? —Ella retrocedió un paso, levantando los brazos para exhibir sus vibrantes cicatrices. —*Mis* palabras traen fuerza. *Mis* palabras inspiran mando, fuego y poder de nuestro oscuro amo, quien me dio la tarea de tomar este Camino. ¡Aquél que inscribió estas palabras sobre mi piel y me coronó reina!

—Pero ¿tú? —Río. —¿*Ésto* es lo que llevas? ¡Ja ja!

En la creciente oscuridad, Kehr notó que las marcas de la matriarca emitían una luz arcana, un brillo violeta que danzaba justo fuera del alcance de su visión nublada. Ella hizo un gesto hacia uno de los hombres cabra que se encontraban detrás del bárbaro.

—Traigan al resto, pero no los maten todavía. ¡Quiero que las ovejas vean a su cobarde protector!

Hubo una respuesta chillona y Kehr inclinó la cabeza. *¿Los otros? ¿Acaso los refugiados cayeron tan rápido?* La pregunta vino seguida de un pensamiento presto y cortante. *Por supuesto*, los había abandonado. Otra traición.

Llegaron más y más hombres cabra. Dos docenas, tres. Cada uno presentaba obediencia absoluta hacia la matriarca, la reina maligna. Algunos incluso traían sacrificios sangrientos, partes chorreantes e irreconocibles de bestias u hombres, que la khazra olió y engulló, o que aventó lejos. El aroma a mugre y sangre de cabra permeó el aire.

El khazra que mantenía sujetos los brazos de Kehr lo aventó al suelo y lo arrastró hasta dejarlo frente a las pezuñas agrietadas de la matriarca. Ella se agachó y acarició el cuerpo del bárbaro entre siseos, dispensando edictos a sus zalameros súbditos mientras éstos preparaban una enorme hoguera en el centro del camino. La matriarca emitió un sonido suave y sus uñas recorrieron la espina de Kehr, quien sintió una vez más el aliento caliente de la bestia sobre su cuello.

—Tú... —susurró—, quizá sirvas como montura satisfactoria por un tiempo. Un bárbaro mascota encadenado será un buen trofeo para la reina del clan del Hueso.

Kehr intentó escupir pero su boca se encontraba seca.

Gritos horriblemente familiares hicieron eco en la distancia. Kehr escuchó la furia en la voz de Aron y luego dolor. Los khazra se abrieron y los refugiados aparecieron en escena. Se encontraban aterrorizados; algunos sollozaban. Dos hombres cabra tenían bien sujeto a Aron, quien aún luchaba pese a encontrarse ensangrentado y desarmado. Un khazra alto de cuernos negros, obviamente favorecido por la matriarca, se aproximó a ella. Llevaba el hacha de Aron en las manos.

—Éste, él... él luchar. Matar a algunos de nosotros. —Era difícil entender lo que decía el hombre cabra, ya que arrastraba las palabras. Usaba un idioma que no era apto para su larga mandíbula y dientes bovinos. Asimismo, carecía de la inteligencia de su señora; inducida mágicamente o de otra forma.

La matriarca rió.

—¡Ja! ¡Hallamos otro lobo entre las ovejas! Tráiganlo ante mí.

Uno de los khazra empujó a Aron, quien cayó de rodillas. Kehr notó que el brazo del leñador estaba roto por la manera en la que lo sostenía y sangre escurría de su boca. Cuando se incorporó, sus ojos se toparon con los de Kehr y se abrieron de manera desorbitada.

—¿Qué? Pensé que escapaste, cómo...

—¡Ja! —Gritó la matriarca con deleite burlón. —Comienza a dudar ahora.

Aron examinó la monstruosa figura de la reina khazra, pero sus palabras lo sacudieron. El leñador regresó la vista hacia Kehr, quien se encontraba en el suelo frente a sus pezuñas. La bestia rió una vez más.

—¿Su protector? ¿Su salvador? Este cobarde bien sabía que estaban perdidos. Tomó su comida y huyó cuando se dio cuenta de que la emboscada estaba próxima. ¡Nos vio y tiró su espada!

Aron inhaló tembloroso.

—No, no. Él nos protegió... mató a tus...

—Exploradores inútiles y debiluchos, esclavos que envié para obligar a la caravana a seguir avanzando; a continuar hasta llegar a *mí*.

La khazra estiró una mano para acariciar amorosamente el hombro de Kehr.

—La fe ciega que depositaron en este traidor es algo muy común entre tu especie. No es de sorprender que estas montañas claman mi látigo y piden la eliminación de los roedores que *infestan* todos sus cañones; suplican convertirse en el trono del clan del Hueso.

Los hombres cabra vitorearon y levantaron sus armas al unísono, la matriarca sí que sabía como mover a su gente.

Aron estaba enojado. Habiendo olvidado su dolor, caminó hacia Kehr con los puños apretados.

—¿Nos hiciste pasar hambre por esto? ¿Fingiste honor y valor a cambio de nuestro pan, sólo para escabullirte cuando se presentó el verdadero peligro?

Aron escupió sobre Kehr; sangre y saliva.

¿Sultanes? ¿Lores? ¡Traicionaste nuestra confianza para el agrado de tu prostituta khazra!

La matriarca soltó una carcajada y Kehr se esforzó por sentarse derecho.

—No leñador, Aron. Los guardé bien... yo no sabía de...

La reina agarró a Kehr de las muñecas y lo obligó a incorporarse de un tirón. Los tatuajes mágicos de la criatura brillaban con luz agreste, otorgando fuerza a sus brazos de por sí

musculosos. El bárbaro dejó escapar un grito ahogado al verse suspendido en el aire con los brazos estirados. Las cadenas pendían de sus grilletes como listones de metal.

—Pon atención hombrecito, ¡tu protector está marcado! ¡Ja! Grupo de ignorantes bajados de la montaña, había una clara advertencia en su pecho. ¡Éste fue nombrado traidor!

—Aron entrecerró los ojos, temblando por la rabia. —Mátame si así lo deseas, khazra, pero tomaré la sangre de este traidor.

La risa de la matriarca se convirtió en un aullido acompañado por las risas entre dientes de los demás khazra.

—¡Sí, sí! Mata a este bárbaro, hombrecito. Mátalo y quizá te deje ir para que hables del clan del Hueso en las Tierras Bajas.

—¡Gherbek! —Ordenó a su hombre cabra favorito. —Dale al leñador su hacha, ¡deja que corte algunos leños!

El khazra avanzó, extendiendo el arma. —Algo para ti, debilucho. —Dijo con voz suave.

Aron tomó el hacha con la mano sana y la usó como bastón. Empezó a andar, cojeando en dirección al bárbaro. Kehr notó que se encontraba herido de gravedad. La sangre del leñador manaba por el asta del arma hasta la hoja, dejando charcos a su paso. La matriarca bajó a Kehr hasta ponerlo al alcance del leñador, como si estuviera ofreciéndole un juguete a un niño. Aron alzó su hacha y colocó la hoja temblorosa contra el pecho del bárbaro.

—Esta cicatriz, —le gruñó a Kehr. —¿Fuiste marcado traidor? Dime la verdad, bárbaro.

Kehr inclinó la cabeza, su voz baja y pesada por la vergüenza.

—Sí, abandoné a mi gente durante su guerra contra los destructores de Entsteig. Abandoné mi deber y me fui para seguir a una mujer, la hija de un mercader errante. Soy un traidor y un cobarde. Por si eso fuera poco, la tribu del Ciervo fue aniquilada con la caída de Arreat antes de poder regresar a suplicarles su perdón.

Kehr levantó el rostro, tenso por la profunda pena que sentía.

—Cuando no los encontré, *me* marqué como traidor, leñador. Corté mi propia carne, la rasgué con un cuchillo al rojo blanco recién salido del fuego. Aún me maldicen por haber regresado, todavía rechazan mi penitencia. Mi hermana muerta... aparece todos los días al anochecer. No perdonarán, no lo harán nunca; no merezco su perdón.

El bárbaro cerró los ojos. —Y tampoco pido el tuyo.

La expresión de Aron se tornó distante. Parecía escuchar palabras de épocas pasadas, palabras que sonaban sólidas y verdaderas, que cortaban la risa animal que llenaba el aire. Sólo Kehr pudo escuchar la respuesta que susurró el leñador.

—Los nombres tienen poder, Kehr Odwyll. Esta bruja se equivoca con respecto a la gente de las montañas. Nuestros antepasados fueron los primeros en escribir las letras ancestrales que llevas en el pecho. —Aron se inclinó hacia el frente. —Conozco tu marca, bárbaro. Supe lo que eras desde que llegaste, pero también noté tu valor y esa es una verdad distinta.

El leñador ejerció presión sobre el hacha y su hoja mordió la piel de Kehr. El bárbaro exhaló.

—Esta hacha se encuentra ungida con mi propia sangre, —dijo Aron con voz clara y fuerte; la matriarca rió. —Con ella cambio tu marca.

La hoja trazó una línea roja por la mitad de la cicatriz.

—Ahora te llama hermano.

La matriarca siseó y dejó caer al suelo a Kehr, luego se abalanzó sobre el leñador y le propinó una feroz patada. Aron salió volando por encima de la hoguera, trazando un arco de sangre y carne rasgada por la pezuña tachonada con clavos. Cayó cual muñeco de trapo, pero aún así luchó por incorporarse.

—¡Pequeño tonto! —Gruñó la reina de los hombres cabra. Se encontraba lívida porque habían arruinado su diversión. —¿Crees que puedes trazar las palabras de los dioses con tu

simple hacha? ¿Consideras que es posible conceder tal poder sin un costo terrible, agonía o pactos oscuros?

La khazra levantó al bárbaro por los grilletes y comenzó a tirar de sus brazos con el propósito de arrancárselos. Las runas de colores en sus gruesos brazos se agitaban y danzaban mientras los músculos de Kehr se estiraban en tenso relieve.

—Voy a partirlo cual *pan* —aulló la matriarca— y ahogaré a tu gente con lo que quede.

Se escuchó un crujido al dislocarse un hueso y Kehr gruñó a causa del dolor.

Aron alzó su cabeza ensangrentada y le habló al torturado bárbaro.

—Quedas perdonado, Kehr.

Los hombres cabra se burlaron. Uno de ellos dio un paso al frente y atravesó la espalda de Aron con una lanza. El leñador dejó de moverse.

De súbito, un agudo y estrepitoso chillido rajó el cielo nocturno. Los khazra guardaron silencio y gran cantidad de ojos negros se volvieron hacia la matriarca.

Ella temblaba y tenía sus torcidos dientes apretados mientras respiraba trabajosamente entre gemidos. Bajó los cuernos y clavó sus pezuñas en el suelo agrietado, pero no podía mover los brazos ni un centímetro más. La matriarca siseó cuando Kehr comenzó a juntar sus brazos de manera lenta e inexorable junto con los de ella. Luchando contra los esfuerzos del bárbaro, lo levantó aún más alto.

Kehr giró las manos para agarrar los dedos que se encontraban prensados alrededor de sus muñecas. Fue ahí cuando trató de soltarlo, pero ya era muy tarde. Estaba atrapada.

—¡No! —Gimió ella, mostrando los dientes mientras baba espumosa escurría por su barbilla. —¡Mi... mi fuerza desafía a la tuya! ¡No... no puedes *hacer* esto!

Los músculos de la criatura se hincharon de manera obscena mientras Kehr juntaba sus brazos. Reventó uno de los hombros de la matriarca y ella lanzó la cabeza hacia atrás junto con un alarido. El bárbaro doblaba los brazos de la khazra en un cruel ángulo y ésta no

podía soltarse del retorcido abrazo. Los hombres cabra se arremolinaban alrededor conforme los gritos de su reina adquirían un tono lastimero y patético. Ella giró para liberarse y se lanzó hacia el frente... el bárbaro tocó piso.

Ahora la matriarca le pertenecía.

Al inclinarse, Kehr aprovechó la inercia de la criatura para jalarla por encima de sus hombros y proyectarla contra la hoguera. Horrorizados, los demás khazra se dispersaron mientras caían ramas ardientes a su alrededor. El bárbaro rugió hacia el cielo vacío y estiró sus brazos lateralmente con gran fuerza. Los grilletes se hicieron añicos y cayeron al suelo; los eslabones repiquetearon cual campanas rotas.

La matriarca se tambaleaba entre chillidos, una silueta humeante entre las llamas. El bárbaro cargó contra ella y saltó dentro del fuego, empujando a la criatura y agarrándola de sus cuernos torcidos. Con un brutal giro los arrancó de su cabeza y los alzó para posteriormente utilizarlos como si fueran garrotes, descargándolos contra la figura quemada de la reina al son del quiebre de huesos.

La noche tembló mientras los alaridos de la matriarca templaban con agonía el humo serpenteante. El Camino de Hierro se sacudió en armonía con los golpes de Kehr Odwyll y magia ancestral resonó a lo largo de la espina de la montaña, aceptando la furia del bárbaro y su sacrificio.

Transcurrieron horas antes de que su rabia se calmara. El sol se alzó en dócil silencio, bañando de rojo los picos.

Al alejarse de la pira, Kehr tiró al suelo la masa ensangrentada y examinó esa sección del Camino de Hierro. No quedaba ningún khazra; no regresarían a este sitio. Los refugiados no se encontraban lejos. Kehr notó que estaban apiñados en torno a la figura caída de Aron, inmóviles a causa del miedo.

—Recojan la comida que puedan —rugió el bárbaro—, nuestro destino se encuentra a dos días de viaje.



Vigilia

La puesta de sol coloreaba el valle de la Marca del Oeste con tonalidades otoñales. Kehr hizo una pausa en el afilado de su simple hacha, se incorporó y se volvió para mirar la evanescencia de la luz. La brisa de la tarde se colaba entre su largo cabello gris con cuidado familiar. Respiraba lentamente, contando con cada exhalación mientras el sol se deslizaba tras la montaña.

Los únicos sonidos eran los pájaros que regresaban a sus nidos. Ni pisadas, ni palabras. El horizonte mantendría su pacto mientras él mantuviera su vigilia.

Marcharía más gente —la interminable fila de refugiados que profetizó Aron— por el Camino de Hierro, mientras fuerzas oscuras intentaban tomar las Montañas Kohl. El clan del Hueso menguó, pero había cosas peores que los khazra en estos picos. Los viajeros necesitaban a su protector y corrían historias, desde la Marca del Oeste hasta Ivgorod, del Caminante de Hierro, guardián del Camino. Kehr puso una mano sobre su pecho y emprendió la marcha una vez más. Los refugiados necesitaban a su hermano.